



se desarrollaron, bajo la direccion del jesuita Juan de Ribera, todos los tesoros de aquella alma predestinada. Su infatigable actividad, el influjo que ejerció en la córte de Roma y sobre los legados del concilio de Trento, y la reforma de varias órdenes religiosas, hicieron incontestablemente de él el reformador más importante de la Iglesia en aquella época. Su indulgencia con toda clase de hombres y su abnegacion, dieron impulso á muchísimos institutos de caridad; su seyeridad para consigo mismo y con el clero de su diócesis, restablecieron entre los sacerdotes el verdadero espíritu de la santa vocacion; en una palabra, su vida toda entera, fué el tipo perfecto de la vida sacerdotal. Murió San Carlos en medio de su carrera. La posteridad, agradecida, le erigió en las mismas riberas del lago Mayor, una estatua colosal, que parece está protegiendo todavía los lugares que vieron nacer al santo arzobispo.

La vida y los ejemplos de tantos y tan santos é ilustres personajes, obraron poderosamente

sobre las masas populares, cuyos progresos fueron cultivados con exquisita y perseverante diligencia por las varias órdenes religiosas que se repartieron la instruccion y educacion del pueblo, y se consagraron con inalterable desinterés á la salvacion de los pobres, de los ignorantes y de los enfermos, mientras que los jesuitas, los escolapios, las ursulinas y otras, se entregaban con una caridad siempre tranquila á la educacion de la juventud. Cornelio Loos, de Maguncia (m. 1593), el jesuita Tanner (m. 1632), y especialmente el P. Federico Spee, lucharon con buen éxito contra la locura é inhumanidad de los procesos de sortilegio y de mágia. Por último, en ningun tiempo, en ninguna época de la historia, hizo más el clero á favor del desarrollo religioso y moral del pueblo, que en el momento mismo en que los protestantes se separaron de la Iglesia que los habia educado é instruido, y á la cual eran deudores de las verdades y convicciones religiosas que aun les quedaban.

CAPITULO IV.

Relaciones entre católicos y protestantes.

Cuesta trabajo comprender cómo despues de todos los acontecimientos que hemos referido, despues de una lucha tan viva, una polémica tan apasionada, una conmocion tan universal y la reconocida inutilidad de tantos esfuerzos, hechos antes del concilio de Trento y durante su celebracion, para entenderse, se haya intentado por ambas partes restablecer la union entre la Iglesia católica y las luterana y reformada. Es más que evidente que no existia ni existe ningun punto que pueda servir de base comun en que poder apoyar un acomodamiento semejante. En efecto, cuando en la conferencia de Worms (1537) Julio de Pflug, que presidia la reunion, propuso á los miembros luteranos tomar por punto de partida de la discusion la confesion de Augsburgo, de los doce teólogos de esta misma confesion que se hallaban presentes, siete desecharon la proposicion, imposibilitando por este medio toda conferencia ulterior. Sin embargo, la consideracion de las divisiones religiosas que amenazaban á las familias y al Estado, sugirió á algunos espíritus discretos y pacíficos el deseo de renovar las tentativas de inteligencia y union. El que más particularmente insistia en ello era Fernando I de Austria; y Jorge Cassandro (m. 1556) habia, lo mismo que Erasmo, en su escrito *De amica-*

bili Ecclesia concordia, presentado la union como un deber sagrado para todo cristiano. (*Judicium de officio pii ac publicae tranquillitatis vere amantis viri in hoc religionis dissidio*). Opúsose Calvino á esta tentativa con todas sus fuerzas, pero no por esto desistió Fernando de su propósito, y siguió instando á Cassandro á que redactase y publicase su opinion (1564), que se publicó en efecto despues de la muerte de Fernando. (*De articulis relig. inter. cathol. et protest. controversis ad imperatores Ferd. I et Maxim. II consultatio*). Era esta consulta tan moderada como posible, y concedia á los protestantes todo cuanto podia la Iglesia conceder en su mayor indulgencia. Ya Jorge Wicelio, que de protestante se habia vuelto á hacer católico (1531), habia juzgado con el mismo espíritu los veintium artículos de la confesion de Augsburgo. (*Regia via s. de controversis religionis capitibus conciliandis sententia*). Todos estos conatos abortaron al fin, lo mismo que los de Federico Stafflo, profesor de Königsberg, convertido otra vez á la fe católica, y de Adan Contzen de Colonia. (*Discursus theologico-polit., lib. III*).

Richelieu procuraba igualmente en Francia, aunque sobre todo bajo el punto de vista de su política, la union de los partidos religiosos.



Por indicacion suya, tuvo el jesuita Audebert una conferencia con el célebre teólogo reformado Amyrault, á quien hizo importantes concesiones. Afortunadamente la dificultad de entenderse acerca de la transustanciacion, hizo romper un acomodamiento que habria dado motivo á peligros mucho más graves. Asimismo Francisco Veronio, accediendo tambien á los deseos de aquel ministro, habia propuesto un plan de union (*Methodus nova, facilis et solida hereses ex fundamento destruendi, regula fidei*), cuyo pensamiento fundamental era que se necesitaba exigir de los protestantes que demostrasen sus principios y aserciones por medio de pasajes positivamente sacados de las santas Escrituras. El escrito de Veronio se hallaba redactado con mucha moderacion, en un espíritu verdaderamente conciliador, y dirigido á la vez contra ciertas opiniones exageradas de las escuelas católicas y contra las falsas interpretaciones de los protestantes. En el mismo sentido se hallaba escrito el Análisis de la fe (*Analysis fidei*) del célebre teólogo de Paris Enrique Holden (m. por los años de 1665), y sin embargo, no fué más feliz que el *Ars nova* de Bert. Niho, que, despues de su conversion, empleó contra los protestantes la prueba de la prescripcion de Tertuliano. Los mismos ensayos, siempre sin fruto, se hicieron tambien en Polonia por parte del rey Wladislao IV, animado en su paternal deseo por la conversion de los sabios Bert. Niho, Cristóbal Besold, el predicador Bartol. Nigrino y por las publicaciones del célebre Hugo Grocio y de Jorge Calixto en Helmstädt. Wladislao se metió en tratos con los dos partidos, intentando que tuvieran una conferencia en Thorn.

Lubienski, arzobispo de Gnesen y primado de Polonia, los invitaba igualmente á ello en un escrito del 12 de Noviembre de 1643, en el que decia: «Parece que hay muchos puntos de contacto y conciliacion entre ambas partes. Si de uno y otro lado se fijan en lo que es cierto, aclaran lo que está oscuro, y comprueban lo que es realmente susceptible de discusion con testimonios de la Escritura y de la Iglesia de los primeros siglos, ya no será difícil reconocer la verdad católica, y, despues

»de haber descartado todo lo que ha podido
»hasta el dia oscurecer su esplendor, aseguranse de si la division que despedaza á la Iglesia ha tenido motivos legitimos en su origen y duracion.» Este tono de benevolencia tan sosegado á la vez y tan seguro de sí mismo, hirió á los disidentes, por cuyo motivo Wladislao buscó otro camino para ver si conseguia ganar los ánimos. En una invitacion dirigida á los disidentes del 20 de Marzo de 1644 les decia: «Seria preciso no tener corazon para permanecer insensible á la vista de una guerra tan larga, tan cruel, tan encarnizada, y no preguntarse alguna vez el por qué, el cómo, el objeto de tantos odios, de tanta sangre derramada, de tantas fuerzas agotadas inútilmente. La Europa conmovida está agobiada bajo el peso de sus crímenes y de sus desdichas. Sólo las divisiones religiosas han podido producir, entre cristianos, rencores tan vivos, que parece no hay nada humano que los pueda calmar. Los mismos medios que el Dios de la paz ha dado á los hombres para cimentar su union, los emplea el padre de la mentira y de la guerra para fomentar entre ellos la desconfianza, el odio y la injusticia. Nuestro deseo, es, pues, restablecer la union en el cuerpo de Jesucristo, desgarrado por las opiniones humanas, y restaurar la paz religiosa turbada hace tanto tiempo. Aunque en su maternal solicitud nada ha perdonado la Iglesia para conseguir este objeto, el infatigable genio de la Polonia, ó más bien el espíritu de la caridad cristiana, nos ha inspirado la confianza de ver que la infinita misericordia de Dios restablece y perfecciona lo que la malicia del enemigo ha pervertido y alterado. ¿No somos todos hijos de un mismo padre, procedentes de un mismo origen, y enriquecidos con un mismo bautismo y un mismo nombre? ¿No nos ha engendrado la misma madre, la Iglesia, purificada en la sangre de Jesucristo? ¿No es una misma ley la que nos ha gobernado á nosotros y á nuestros padres, por espacio de tantos siglos? Tristes disidencias de educacion, los artificios del enemigo del género humano, han dividido y separado á los que el amor fraternal debia tener siempre unidos y



»concordes. De aqui provienen las desdichas que todos debemos deplorar, que conmueven el corazon del soberano Pastor, y cuyo remedio todos estamos obligados á procurar en lo posible. Hasta el dia ni los escritos de doctos ni las conferencias particulares han podido traernos el resultado apetecido; pero hay un medio más poderoso que todos los demas para la comunicacion de las almas, y es el dela palabra; la palabra que se trasmite de boca en boca, se expresa de viva voz, se comprende hasta sin sonidos articulados, se revela en los ojos, se lee sobre la frente y va derramando de un modo rápido é infalible la verdad y la conviccion. Por esto queriendo el hijo de Dios reconciliar al género humano con su Padre, se manifestó como Verbo hecho carne. Este sublime y saludable ejemplo nos anima á intentar el restablecimiento de la paz y la reconciliacion de las opiniones, por medio de amistosas conferencias entre los dos partidos. La Iglesia, á la manera de una madre tierna y solícita, se dirige á vosotros como á hijos muy amados; su edad, sus desgracias y las heridas abiertas en su seno, deben inspirarnos grande respeto; pues ella, más vigorosa que los siglos que la envejecen sin abatirla, triunfa de la desgracia por medio de la caridad, y cura sus propias heridas con la paciencia... No hay más que un dolor que no tenga para ella consuelo, y es el que le causa la pérdida de los hijos que le arrancan el cisma y la herejía. Se está consumiendo en la expectativa y la confianza de verlos volver de sus largos extravíos; observa los vientos, recorre la playa, extiende sus brazos hácia los naufragos, y los llama y convida á reconquistar la herencia de la paz, que hace un siglo han perdido. Tal es también nuestro deseo, tal el clamor de nuestra ternura por nuestros hermanos separados.»

El apetecido coloquio no tuvo lugar hasta el mes de Octubre de 1645. Los príncipes electores de Sajonia y de Brandeburgo enviaron á él algunos teólogos, y el duque de Brunswick consintió en que Jorge Calixto, el célebre hombre del justo medio, fuera tambien; más los católicos no se avinieron con él, y los mismos luteranos, como Calov y Hulsemann, huyeron

de él como de un apestado, porque habia intentado entrar en tratos con los reformados: «Lo he visto con gran sorpresa, escribia Calov, sentado en medio de los falsos profetas calvinistas, á los cuales considera como hermanos en Jesucristo.» Tan apasionadas disposiciones no podian conducir de ninguna manera á la suspirada reconciliacion. La causa del catolicismo fué defendida allí con notable celo por el P. Schœnhöfer, jesuita, que en una excelente exposicion probó que ninguna de las reconvencones que hacian á la Iglesia católica los protestantes tenia nada que ver con los verdaderos principios y los verdaderos dogmas de la Iglesia, tal como se hallan consignados, por ejemplo, en las conclusiones del concilio de Trento y el catecismo romano. El resultado de todo fué separarse los dos partidos más irritados que nunca.

Los sentimientos expresados por los protestantes respecto de la Iglesia en las varias conferencias celebradas para tratar de la paz, no produjeron otro resultado que el agriar cada vez más á sus adversarios. Las predicaciones de los protestantes, su polémica, su controversia obstinada y de mala fe, que representaban siempre á los católicos como un partido supersticioso é idólatra, exasperaron grandemente á estos últimos. La paz de Augsburgo (1555) habia colocado con el *reservatum ecclesiasticum* una verdadera piedra de escándalo, supuesto que este artículo esencial era casi constantemente violado. Poco á poco, y sobre todo en el norte de la Alemania, se fueron apoderando los protestantes de los bienes de los obispos católicos de Havelber, Brandeburgo, Naumburgo, Meissen, Schewerin, Lebus, Camin, Magdeburgo, Halberstadt, Minden, Verden, Brema, Lubeck, Osnabruck y Ratzeburgo, sin que los católicos pudieran por el momento oponérseles; sin embargo, hubo alguna resistencia cuando el elector Gebhard de Colonia (desde 1577), que habia vivido en relaciones criminales con Inés de Mansfeld, canonesa de Gerresheim, se pasó á la iglesia reformada y quiso arrastrar á toda su diócesis con él. El cabildo de Colonia le opuso el duque Ernesto de Baviera, que fué instalado á viva fuerza en el mismo Colonia